

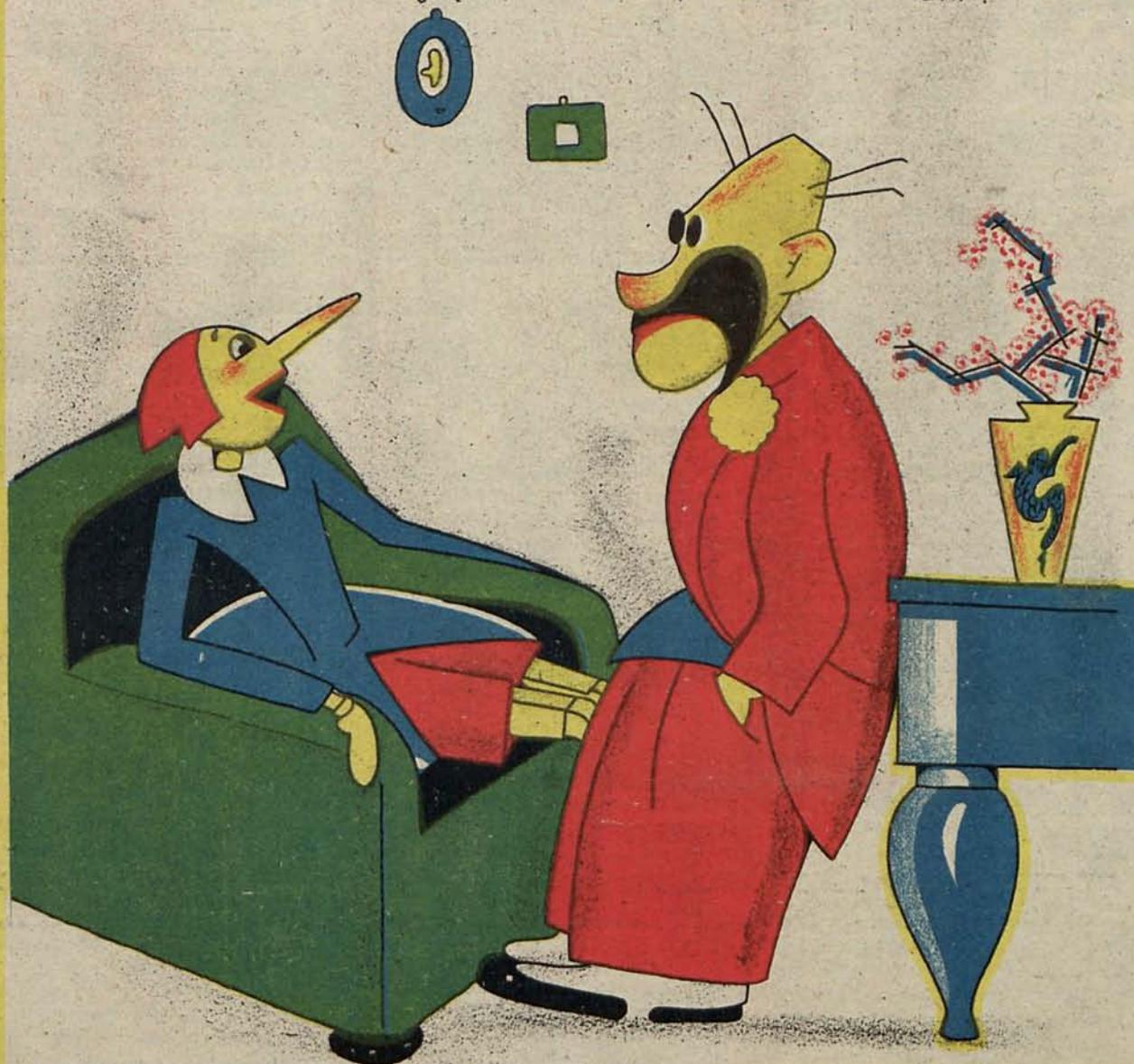
PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 191

25 cts

14 OCTUBRE
1928

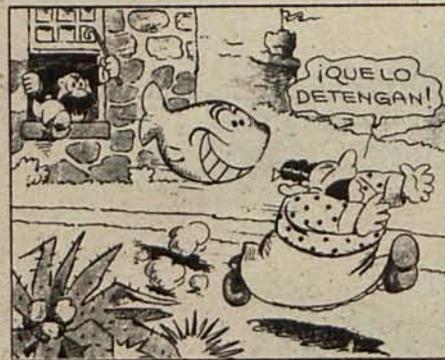
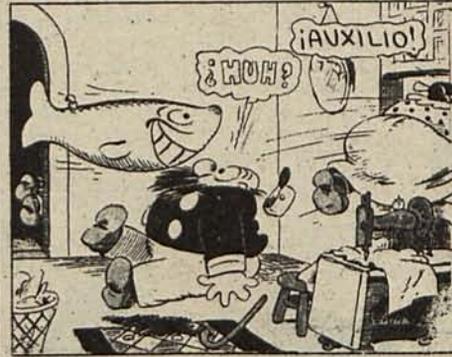
- ¡AY, DON TURU, VENGO DE LA MARTINICA; AQUELLO ES HORRIBLE, CUARENTA GRADOS A LA SOMBRA!
- ¿Y QUIENTE MANDABA PONERTE A LA SOMBRA?



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO. 447.- SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVIÓN NEGRO

NOVELA

PO R

A L B E R T O O R S E

(Continuación.)

—¿Es necesario hacer cuanto me dices?

—Sí, Majestad. Dentro de dos días debe de tener lugar la gran revista mili-

tar de Primavera; vuestro fiel ejército está impaciente por demostrar a su rey su lealtad y afecto... Es preciso que los jefes de la tenebrosa asociación hayan desaparecido ya ese día del mundo de los vivos... y el proceso no se podrá llevar con toda la rapidez necesaria...

El Czar vacilaba.

—Además, esa es una cuestión de pura formalidad. Son culpables, indignos de vivir, están condenados virtualmente por las leyes divinas y humanas...

—¡Pues bien, sea! —dijo el Czar resueltamente. Y firmó un papel que Kuravief habíale presentado.

Este lo cogió, y después de inclinarse profundamente, salió de la estancia imperial.

El Czar quedóse un rato con la cabeza entre las manos. A poco la levantó, y mirando a su alrededor con un gesto de espanto, murmuró:

—¡Sangre! ¡Sangre! ¡Siempre sangre!

XIII

La fuga.

Cuando los tres audaces compañeros que habían caído al suelo exánimes en el gabinete del profesor Guthowsky, volvieron a abrir los llorosos ojos, encontraron en el dormitorio de Shasky, delante del profesor, que les miraba con una expresión indefinible. Los tres sentíanse débiles, aturdidos, sin conseguir el poder ordenar sus ideas. Sin duda habían pasado la noche en aquel estado, porque por entre los cristales de la habitación filtrábase ya la pálida luz del alba.

Vera fué la primera que tuvo fuerzas para ponerse de pie.

El rostro del profesor tenía una expresión de gran dureza; sus labios parecían estar próximos a pronunciar duras y ásperas palabras, pero ante la hechicera sonrisa de Vera la expresión malhumorada y amenazante cedió el puesto a otra menos terrible.

—¿Cómo es que estoy aquí? —dijo la joven mirando a sus dos compañeros, los cuales aún no habían recobrado los sentidos por completo—. ¿Qué aturdimiento es este, que me hace tambalear?

—¡Es el castigo a su temeridad! —respondió el profesor—. ¡Castigo que habría podido ser mucho más cruel si yo, por una singular combinación, no hubiese llegado a tiempo de salvarlos!

Al fin, Shasky y Wassili consiguieron ponerse de pie. Creían estar embriagados, teniendo aún en la con-

fusa mente el recuerdo de aquella terrible alucinación que tanto habíales turbado.

Wassili, humillado, temiendo la justa cólera del maestro, ni siquiera se atrevía a levantar los ojos del suelo.

—¡Sobre todo de ti —exclamó el profesor con voz tonante— de ti es de quien me quejo! Estos no tienen ningún deber para conmigo; pero tú has traicionado todos tus deberes hacia mí abusando de mi buena fe de una manera indigna.

—¡Perdón! —murmuró Wassili.

—¡Perdón para él! —añadió Vera tímidamente.

El profesor contempló durante largo rato a los tres cómplices, y luego movió la cabeza.

—Ya estáis bastante castigados —dijo con voz temblorosa por la cólera—. No sólo no habéis conseguido robarme mi secreto, sino que hasta habéis corrido el riesgo de ser víctimas de vuestra propia perversidad... Al entrar allí como unos malhechores habéis abierto, sin advertirlo, con vuestras manos, un generador de ignota energía, determinando así una atmósfera que ha exaltado vuestros sentidos hasta el paroxismo, del cual yo os he libertado.

—¡Gracias... maestro! —dijo Vera—. ¡Gracias... también en nombre de Shasky y de Wassili! Pero permítame usted que le diga, que tanto yo como mis amigos, merecemos su reprobación menos de lo que usted cree.

—¡Calle usted! —gruñó el profesor—. ¡Cuando engañamos a una persona que tenía depositada en nosotros una confianza ciega, no tenemos excusa! ¡Somos indignos de perdón!

—¡Pues, sin embargo, está usted engañado, profesor! ¡No era un móvil indigno lo que nos ha inducido a robarle lo que usted no quiere conceder!

—Mi secreto no puede servir para fines dignos y honrados. Es tan terrible, que ya me arrepiento de habérselo arrancado a la Naturaleza y lo he sepultado en donde ningunos ojos humanos puedan descubrirlo... ¡Es vano vuestro delirio de apoderaros de él!

—Maestro —dijo Shasky, que aún no había abierto la boca—. Usted puede producir el bien de millones de hombres... y sin embargo, no lo hace. Eso no es bondad.

—¡Silencio, desdichado! ¡No se produce el bien con el mal, no se da la vida con la muerte, no se riega la tierra con sangre!

—¡Esto es lo que se hace en Rusia todos los días! Los ojos del profesor relampaguearon.

—¿Y tú ambicionas el triste oficio de verdugo?

—¡Maestro! —dijo Vera—. ¡Tú no sabes nada, no ves nada, no has visto nada! ¡Una madre ha recibido entre sus brazos el exánime cuerpo de su hijo, destrozado, lacerado, cubierto de heridas, abrasado y humeante! ¡Esa madre no tiene ya lágrimas para llorar ni voz para maldecir!... Pues bien; la madre de José Duda representa a Rusia; y ¿quieres tú que ella no odie al verdugo?

Vera, al pronunciar estas palabras, habíase reanimado; su figurilla ágil y vigorosa había adquirido una expresión de desafío; su rostro respiraba un ardor implacable.

El profesor contempló por un momento, casi con complacencia, la transformación de la joven; luego la dijo con voz suave y dulce, y mirándola al rostro:

—¡Hace veinte siglos que otra madre tuvo entre sus brazos el martirizado cadáver de su hijo, y la piadosa leyenda quiere que durante veinte siglos aquella madre ruegue por los verdugos de su hijo!

Mientras que el profesor pronunciaba estas palabras, Marta penetró con toda la velocidad concedida a sus viejas piernas en la habitación en donde el profesor hallábase con los tres terroristas.

—¡Profesor, profesor!—dijo la vieja Marta con voz alterada— ahí hay una joven que insiste en que se le reciba... ¡Dice que en ello va la vida! ¡Ay! ¡Dios mío! ¿Qué es lo que podrá ser?

Y la vieja y fiel doméstica reflejaba en su turbado rostro la conmoción que la agitaba.

—¿Una joven? ¿Quién será?

—No sé. Tiene un aire muy trastornado y agitado... dice que es íntima amiga de la señorita... y que un gran peligro les amenaza a todos.

—¿Una amiga mía? ¿Un gran peligro?—dijo Vera acometida de un triste presentimiento.

—¡Pronto! ¡Qué entre en seguida!—gritó el profesor. Pero ya Nadia estaba dentro.

—¡Pronto! ¡Pronto!—exclamó ésta temblando de pies a cabeza—. ¡Huid! ¡Hemos sido vendidos, infamemente vendidos por María Vedemedka y por Godunov! ¡Saben que estáis aquí y pronto llegarán para deteneros a todos!

Estas palabras produjeron una gran confusión en la casa de campo.

Vera y sus amigos comprendieron inmediatamente el grave peligro que les amenazaba. El profesor Guthowsky no podía comprenderlo; pero en dos palabras Nadia y Vera explicáronle todo: la existencia de los «Hermanos del Silencio», la misión de Vera y su estratagema; la infamia de Godunov y la traición de la amiga.

Los minutos estaban contados. Los perseguidores debían de estar ya en camino... Pero ¿cómo salvarse? El profesor, seguro de su inocencia, no temía nada, y no hubiera abandonado nunca el santuario de sus estudios ni siquiera para huir de la muerte si no temiese por la suerte de los tres cómplices que ya eran sus amigos y de los que admiraba la audacia heroica, vituperando, sin embargo, los sanguinarios propósitos. Lo que le conmovía sobre todo era la suerte de Vera y de Nadia.

—Y usted ¿qué ha venido a hacer aquí? ¿Por qué se pone usted en peligro de ese modo?

—Porque quiero salvar a mis amigos.

—Pero ¿cómo salvarlos, adónde huir ¡oh! heroica joven?

—¡Ahí están, ahí están!—gritó en aquel momento Marta aceleradamente—. He visto a un grupo de jinetes que se acerca al galope... Vienen de San Petersburgo.

Shasky y Wassili corrieron a la caballeriza y ensillaron los caballos con la celeridad del rayo.

Sin saber siquiera en qué dirección iban a emprender la fuga, sin la esperanza de salvarse, obedecieron más bien a un impulso instintivo que al vestigio más mínimo de razonamiento; cada cual cogió a una de las jóvenes y saltó sobre una silla, arrojando a guisa de despedida una mirada de gratitud al profesor y a Marta, los que, palpitando de emoción, presenciaban la vertiginosa y angustiosa partida.

La comitiva huyó por la parte posterior de la casa de campo, de modo que el pelotón de soldados que galopaba con rumbo hacia allá no pudo verlos. La mañana era luminosa. Sobre la alfombra de nieve que cubría el suelo del bosque de Párgolowo se había formado una sólida costra de hielo, por la cual volaban los caballos, hundiéndose valerosamente en la brillante superficie los clavos de las herraduras especiales de que iban provistos. Más que las voces de los jinetes era el aire glacial el que exaltaba a los briosos animales, que con la crin al viento, dilatadas las ventanas de las rosadas harices, con la cabeza erguida y arrogante, galopaban haciendo saltar en su rápida carrera pedazos de hielo y tomando por el primer camino que se ofrecía a su vista.

—¿Adónde vamos?—preguntó Wassili lleno de ansiedad en pos de Shasky que llevaba a Nadia en la parte delantera de la silla agarrada al pomo de la misma.

—¡No lo sé!—gritó Shasky— allí donde podamos ponernos fuera del alcance de la ira y de la maldad de esos miserables... ¿Ves a alguno?

—No—repuso Wassili volviéndose hacia atrás—. Ya no nos siguen.

—¡Ojala—dijo Vera— que el profesor tenga la suficiente presencia de espíritu para entretenerlos y entretanto podamos encontrar nosotros un asilo seguro!

En aquel momento el pelotón de soldados que iba a las órdenes de Godunov llegaba a la casa de campo requiriendo del profesor Guthowsky que les abriese las puertas.

—¿Quiénes son ustedes—le preguntó el profesor a Godunov, el cual habíase enderezado sobre los estribos en señal de prepotencia y de cólera.

—¡Abra usted en nombre del Czar!

Godunov, que estaba acostumbrado a ver que todas las voluntades se doblegaban ante aquel nombre, que todos los obstáculos desbaratábanse ante aquella orden, y los caracteres más recios y más fuertes temblaban ante aquella amenaza, se figuró que el profesor se apresuraría a abrir. Pero el oficial polizonte había echado sus cálculos sin tener en cuenta la extraña amalgama de sentimientos nobles y humanitarios y de salvaje fiera que constituía la personalidad del profesor Guthowsky.

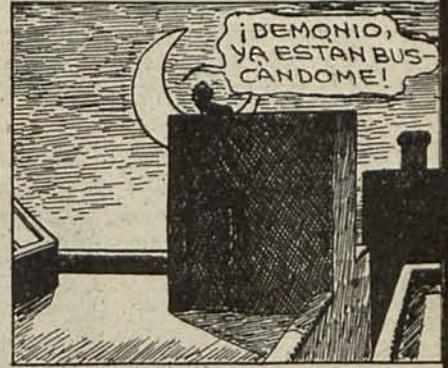
Este, ante aquel tono imperioso, sintió despertarse en su alma todos los sentimientos de independencia que le habían hecho el sabio menos sociable y conocido del mundo, y repuso clavando en el omnipotente Godunov una mirada de olímpica indiferencia:

—Lo siento mucho; pero en mi casa no hay más Czar que yo, y no le abro a nadie contra mi voluntad y mi gusto.

Después de haber dicho esto, el profesor cerró tranquilamente los postigos y desapareció en el interior de su morada.

(Continuará en el número próximo.)

ANITA BUEN- CORAZON





EN EL PAÍS DE LOS ZULÚS

CUENTO POR E. SAGARÍ

(Continuación.)

—No —dijo el general, después de reflexionar unos instantes—. Yo te facilitaré un guía, un negro muy joven, que hasta ahora nos ha dado pruebas de fidelidad y que sabrá conducirte y aun ayudarte si llega el caso.

—Ve a preparar el caballo y dame tu mano, valiente.

Media hora después, Pablo, conmovido aún por aquella prueba de estimación que le diera el general, abandonaba el campamento, decidido más que nunca a ganarse los primeros galones o morir en la demanda.

El negro que había de servirle de guía era un joven cafre de aspecto vivo e inteligente, que llevaba algunas semanas sirviendo a la columna como explorador.

Montados en dos buenos caballos, elegidos entre los más robustos y mejores que había en el campamento, bien armados y provistos además de víveres, los dos jóvenes se dirigieron hacia un inmenso bosque de «baobabs» para ganar los montes entre los cuales se encontraba el fortín sitiado.

A dos millas del campamento comenzaban a descubrirse las huellas de la guerra. Pueblos destruidos por las llamas, osamentas de caballos y bueyes, plantaciones destrozadas y abandonadas por sus propietarios en fuga ante las azagayas, las flechas y los fusiles de los belicosos negros.

Nada de esto intimidaba a Pablo, que seguía pensando en sus galones, seguro de que los ganaría antes de terminarse la campaña. Ya se veía con la guerrera roja adornada de grandes tiras doradas, el minúsculo gorro y el sable al costado, con su magnífica empuñadura.

Tenía confianza en su suerte, y ni por un instante ponía en duda que había nacido con buena estrella y que era su sino volver al pueblo natal a hacer reventar de envidia a todos aquellos que se habían burlado de él cuando muchacho.

Su energía era enorme, y lindaba casi con la obstinación; pero a todo aventajaba su intrepidez.

Atravesaron el bosque sin tropezar con las vanguardias del bárbaro rey, y penetraron en las montañas, donde el peligro aumentaba, porque el fortín defendido por el bravo capitán Thompson estaba situado en medio de aquellas barrancadas.

Dos días después de su salida del campamento inglés, y cuando acababan de tomar el desayuno, oyeron de pronto nutridas descargas de fusilería.

—Ya estamos —dijo el cafre—. No quedan más que algunas millas para llegar al fuerte. Pero allí irás tú solo, pues yo no tengo que ganar ni esterlinas ni galones.

—Si tienes miedo, puedes volverte —respondió Pablo—. Yo no sirvo para retroceder.

—Tú eres blanco y yo negro. Sal como puedas del atolladero.

Y, espoleando el caballo, desapareció entre los árboles, antes de que el soldado pudiera convencerle para que le acompañara al menos un poco más allá.

No perdió por eso la serenidad. Los disparos, que de vez en cuando retumbaban entre los montes, bastaban para orientarle.

La dificultad estaba en atravesar la línea de los asaltantes. ¿Cómo se las arreglaría? Nuestro campesino no era bobo, y pronto se compuso un plan.

Estaba cerca de un *kraal*, que así se llaman las aldeas de los negros en aquellas regiones. Entre los restos incendiados recogió algunas piedras y se puso a triturar carbón.

Escudriñando en las cañas a medio quemar, encontró una vasija con grasa de buey, que emplean los zulús para pintarse el cuerpo cuando van a la guerra, y aquel hallazgo le sugirió una estupenda idea.

—Un blanco no podría aventurarse en el campo enemigo, dende todos son negros —se dijo—. ¿Y por qué yo no puedo volverme negro?

Se desnudó, conservando únicamente los calzoncillos y un cinturón; mezcló el carbón pulverizado con grasa, y comenzó a teñirse.

Estaba tan seguro del éxito, que ni siquiera paró mientes en su desconocimiento absoluto del lenguaje zulú. Si por acaso alguno le interrogara, ¿de qué habría



No tardó en hacerse notar por su valentía.



de servirle su metamorfosis? La pintura era excelente.

Dos horas más tarde, el astuto labrador, en calzoncillos y cubierto de pies a cabeza de un negro magnífico, montaba a caballo y se aventuraba resueltamente en la serranía, donde los disparos se oían cada vez más distintamente.

Los zulús de Chetivayo combatían con increíble tenacidad, ansiosos de exterminar a la pequeña guarnición del fortín y de llevar sus cabezas como presente a su bárbaro rey.

Caía la noche cuando Pablo Carbet se puso en camino, decidido a probar fortuna. Ya veía el campamento de los zulús.

Grandes y numerosas fogatas cubrían montes y valles, y en ellas, a estilo zulú, se asaban bueyes enteros.

Los guerreros negros estaban de fiesta. Durante la jornada habían podido conquistar una trinchera avanzada, desde donde los ingleses llevaban cuatro días haciéndoles muchas bajas, y Chetivayo, para animar a sus salvajes, mandó distribuir entre ellos animales y vasijas de cerveza en abundancia.

Pablo, indiferente a los violentos latidos de su corazón, avanzó valeroso, y tuvo la suerte de que nadie le dirigiera la menor pregunta.

Acaso le creyeran un guerrero retrasado o un mensajero, y los negros, demasiado ocupados en llenarse la panza de carne asada y de cerveza, apenas le miraban a su paso.

Por otra parte, le veían negro como ellos, y eso bastaba para asegurarle el paso sin tropiezos.

Además, allí no reinaba ese orden que se advierte en los campamentos de soldados europeos, ni había centinelas alrededor para preservarse de una sorpresa.

Pablo Carbet pudo, por consiguiente, no sólo atravesar las líneas, sino beber un buen trago de pésima cerveza que le ofreciera un negro embriagado.

Llegado a las avanzadas, se apeó del caballo y por unos instantes permaneció indeciso. Ya había escapado al peligro más grave; pero quedaba otro, y éste provenía de aquellos a quienes se proponía salvar.

Los ingleses estarían, sin duda, vigilando atentamente en las trincheras, y si avanzaba así, de noche, se exponía al riesgo de hacerse fusilar por ellos.

Bastaba atravesar unos trescientos pasos, y en la oscuridad percibía ya Pablo con alguna precisión las paredes del fuerte y oía los pasos de los centinelas.

—Me acercaré a rastras —se dijo—. Una vez llegado al parapeto advertiré a los centinelas que soy un voluntario inglés. Y antes de que los negros se me echen encima, estaré de seguro dentro del fuerte.

Saltó una zanja que servía de trinchera y en cuyo fondo roncaban algunos negros, y se dejó caer, arrastrándose entre las hierbas, casi abrasadas por las bombas y las minas.

El corazón se le saltaba dentro del pecho y un sudor frío le bañaba las sienes. A cada momento creía oír el «¿Quién vive?» de los centinelas y el silbido de alguna bala.

Ya había recorrido unos cincuenta pasos, cuando sintió de pronto que le agarraban las piernas. Volvióse y vió junto a él dos negros de elevada estatura que le amenazaban con sus cuchillos.

—¡Espías! ¡Espías! —le gritaban en un inglés detestable—. ¡Ríndetel!

Pablo Carbet comprendió que estaba perdido y que toda resistencia sería inútil.

Caer prisionero cuando ya había llevado casi a término la difícil empresa que había de valerle los galones, era demasiado amargo para el valiente joven.

En aque momento tuvo una heroica inspiración: aun a costa de la vida, advertiría a la guarnición del fortín.

Mientras los negros le ataban reunió todas sus fuerzas y gritó con voz potente:

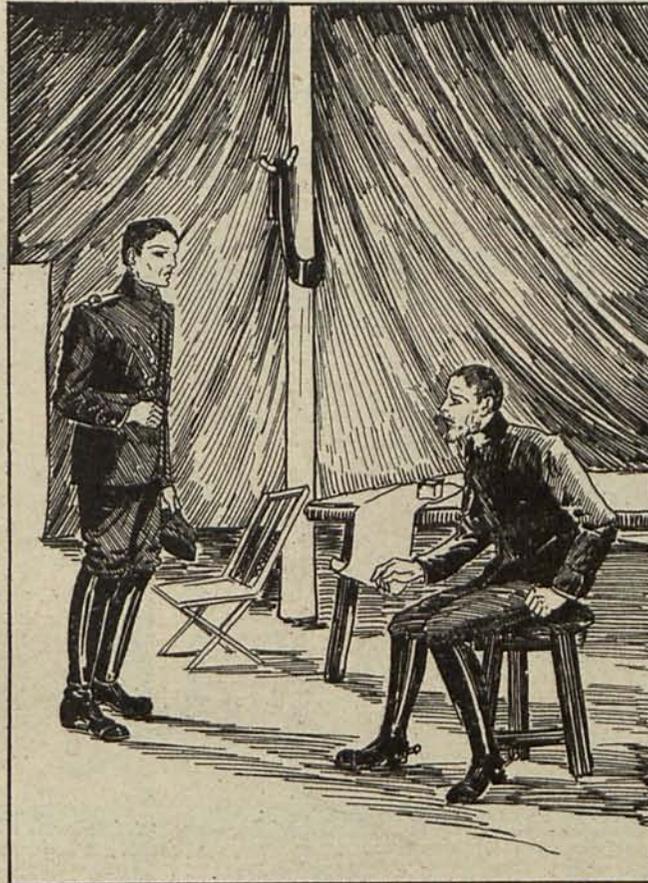
—¡Centinelas! ¡Avisad al

capitán Thompson que resista hasta el 25 de julio! ¡Vienen refuerzos!

No había terminado apenas, cuando un culatazo en la cabeza le hizo caer desvanecido al suelo.

Le pareció oír gritos, disparos...; luego nada.

.....
Cuando recuperó los sentidos, el pobre Carbet vióse en una cabaña espaciosa, hecha de cañas, fuertemente atado a una estaca clavada en el centro.



—Mi general, si necesita un hombre...

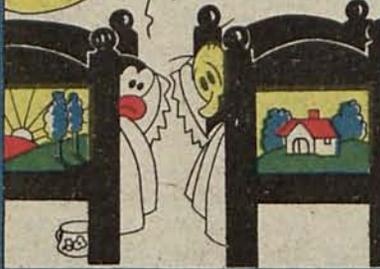
(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



DESDE QUE HA VENIDO ESE CARPINTERO AL PISO DE ABAJO, AQUÍ NO HAY QUIEN PEGUE UN OJO EN TODA LA NOCHE. TODO SON MARTILLAZOS, GOLPES, CÁNTICOS Y RUIDOS. NOS VAMOS A TENER QUE MUDAR DE CASA, DONDE TURULATO



QUE TE CREES TU ESO, CURRINCHE, YO TENGO DICHO EN MI TESTAMENTO QUE SI ME MUERO ALGUNA VEZ QUE ME ENTIERREN CON ESTE PISITO. CONQUE MIRA SI LE TENDRÉ CARÍO.



PUES SIN DORMIR YO NO PUEDO ESTAR A MI ME VA A DAR ALGO

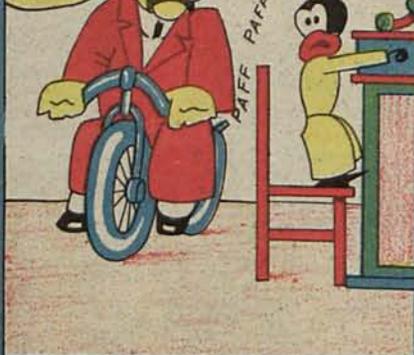
NO TE APURES QUE YO HE HECHO UN DESCUBRIMIENTO PARA QUE ESE TIO NOS DEJE DORMIR POR LA NOCHE. VAMOS A COMPRAR UNA MOTO, UNA PIANOLA, UN GRAMÓFONO, UNA ACORDEÓN Y UN GRILLO



VERÁS EN CUANTO LLEGUEMOS A CASA LA QUE SE VA A ARMAR.



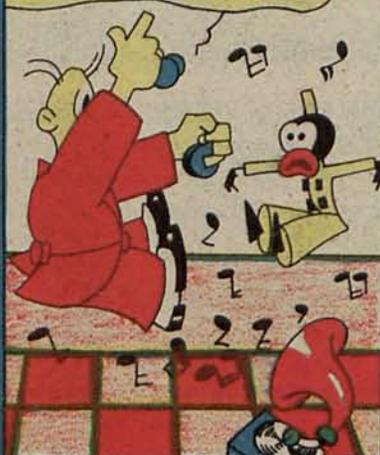
MIENTRAS YO DOY UN PASEO EN MOTO POR LA CASA, PON UN DISCO A TODO METER Y YA VEREMOS SI ESE CARPINTERITO DUERME DE DÍA



¡DURO, CURRINCHE! ¡QUE SE FASTIDIE Y QUE NO DUERMA! ¡A SÍ A LA NOCHE TENDRÁ SUEÑO!



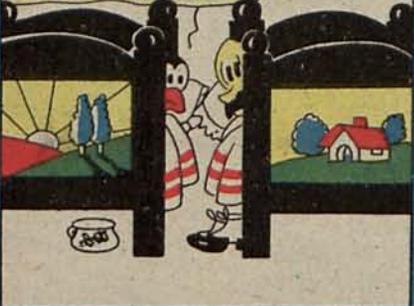
A VER ESTA JOTICA, CURRINCHE! PATEALA BIEN PARA QUE LA OIGA EL CARPINTERITO



¡VAYA TUTE QUE NOS HEMOS DADO, DON TURU!

¡COMO QUE EL CARPINTERO TENDRÁ ESTA NOCHE UN SUEÑO QUE PARA QUE TE VOY A CONTAR!

PUES ME PARECE QUE NOS HEMOS LUCIDO YA EMPIEZAN LOS MARTILLAZOS



DIGA, AMABLE CARPINTERITO ¿SE PUEDE SABER A QUÉ HORA DUERMEUSTED?

YO, DE DÍA PERO ME VOY A DORMIR A UNA CASITA QUE TENGO EN EL CAMPO



COLORÍN

¡ERES UN EGOISTA; QUE NO ME DAS UN POCO DE LA MANZANA!

¡TE GUARDO LAS PIPAS PARA QUE LAS SIEMBRES Y TEN-GAS MUCHOS MANZANOS!

Y SU PANDILLA

¡ESTOY PASANDO UN DIA ABURRIDISIMO SIN SABER EN QUE PASAR EL RATO!

¡VA A AÑO-CHECER YA, ASI QUE LEVANTATE Y VÁ-MONOS!

¡VAMOS DE PASO A COMER NOS ALGUNAS MANZANAS DEL JARDIN DE CASA!

¡EXCELENTE IDEA! ¡NOS DEJARÁN TOMARLAS?

¡HOY ME VOY A VENGAR BIEN! CUANDO ESTÉ EN LO ALTO DEL ÁRBOL LE VOY A DAR TALES SACUDIDAS QUE VAA CAER AL SUELO!

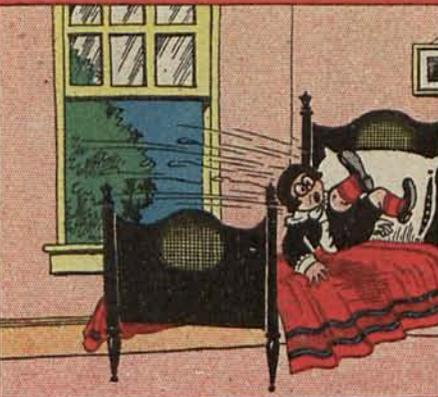
¡YO CREO QUE ANTES DEBIAMOS PEDIR EL PERMISO A TU PAPA!

¿PARA QUÉ? ¡NO HACE FALTA!

¡SUBE HASTA LA COPA, QUE ES DONDE ESTÁN LAS MEJORES!

¡HAY AQUÍ MANZANAS PARA HARTAR A UN BATAILLÓN!

¡AH! ¿ESTÁS QUITANDO LAS MANZANAS DE MI MEJOR MANZANO? ¡AHORA VASA VER!



¡NO HESIDO VO SOLO; QUE MI PRIMO ESTÁ SUBIDO EN EL ÁRBOL!

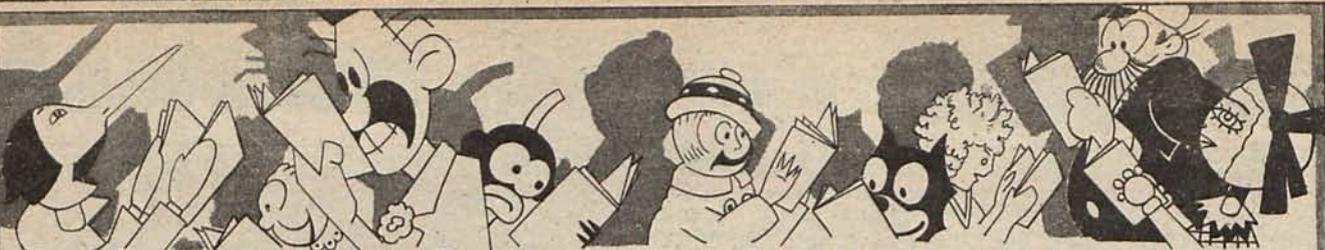
¡PUES SI TU PRIMO HA FALTADO, RECIBIRÁ TAMBIÉN UNA BUENA PALIZA!

¡AHORA TE DARÉ DOS PALIZAS, UNA POR LAURÓN Y LA OTRA POR EMBUSTERO!

¡SEGURO QUE TU PRIMO ESTÁ YA EN SU CAMA DURMIENDO! ¡UN NIÑO TAN BUENO!

¡IMPOSIBLE! ¡ESTÁ BA CON MIGO!

¿NOTE LO DECIA YO?



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

UN AMIGO GENEROSO



VIJABAN por Andalucía un oficial de sastre y un aprendiz de joyero.

Una tarde se habían retrasado en su camino, ya se había puesto el sol y distaban todavía un largo trecho del pueblo más próximo.

De repente oyeron una música tan grata, alegre y juguetona, que, olvidando su fatiga, tomaron una senda en dirección al punto de donde les llegaban los acantos de la música.

La luna brillaba en el azul del cielo, derramando sus claros resplandores en todo el campo que se descubría.

Llegados nuestros dos viajeros a lo alto de una colina, distinguieron un baile de unos hombres pequeñitos y unas mujeres más pequeñitas aún, que, cogidos por las manos y formando rueda, saltaban, brincaban y al mismo tiempo cantaban en coro las más deliciosas melodías.

En medio del círculo se hallaba un viejo que era un poco más alto que los otros, y cuya larga barba le llegaba a la cintura; sus vestidos tenían hermosos bordados de oro, plata y pedrería.

El anciano vió llegar a los jóvenes viajeros y les invitó por señas a entrar dentro del círculo; pero los dos compañeros, mudos de sorpresa a la vista de un espectáculo tan curioso, no querían entrar. Los enanos les abrieron paso y les invitaron como el viejo. El aprendiz de joyero, que era jorobado, y como tal atrevido, entró el primero en el círculo y se colocó junto al anciano. El sastre, aunque más tímido, siguió su ejemplo.

El círculo se volvió a cerrar, y entonces los enanos se entregaron con loco frenesí a la más estupenda algazara.

En esto el viejo desenvaina un cuchillo y se pone a afilarlo con esmero.

Los dos compañeros no sabían lo que les pasaba.

Se disponían a huir, cuando el viejo, agarrándolos por el cuello con una fuerza sobrenatural, les afeitó la cara y la cabeza en un momento y con una destreza nunca vista.

Cuando los hubo afeitado, los soltó, dándole a cada

uno un golpecito en un hombro, cual si quisiera decirles que estaba contento de ellos por no haberse resistido.

Luego les señaló con el dedo una carga de carbón que estaba allí como por casualidad, dándoles a entender por señas que les autorizaba a llenarse los bolsillos. Hiciéronlo así, aunque ignoraban lo que podrían hacer de aquel carbón.

Después, a una señal del viejo, salieron del círculo y volvieron a tomar la senda que hasta aquel sitio les había llevado.

Al volver la cara para mirar, quizá por última vez, a los bailarines diminutos, dieron las doce en la iglesia de un monasterio vecino.

Instantáneamente cesaron el canto, la danza y los danzantes, pues toda aquella genticilla desapareció, como si la tierra se la hubiese tragado, al sonar la campanada primera.

Al verse solos, miráronse el uno al otro y soltaron la carcajada.

—¡Qué feo te han dejado! —exclamó el joyero viendo la calva de su amigo.

—Pues estás lindo tú —contestó el sastre—, que parece un chino.

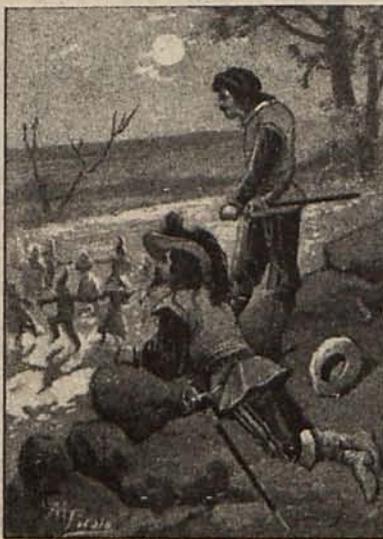
—He pensado —dijo el otro— que nos embadurnemos la cabeza con corcho quemado hasta que nos vuelva a salir el pelo.

—No me parece mal —contestó el sastre—; pero, si eso no resulta, nos pondremos peluca. Lo único que me preocupa es saber quién es el rey de los enanos y por qué tiene tanta fuerza. Yo te sé decir que me levantó en alto como una paja, sin que me pudiera defender.

—Lo que a mí me interesa —contestó el joyero— es averiguar por qué ese tío tiene tal empeño en hacer la barba a la gente, y no sólo la barba, sino hasta la cabeza.

—Mi abuela —dijo el sastre— me contó de chiquitín que el rey de los enanos se llama Calafate y que fué en sus mocedades aprendiz de barbero, y así como a otros monarcas agradaba distraerse en ocupaciones ajenas a su cargo, a éste se le antoja demostrar que es el primer rapabarbas de su reino.

Los dos viajeros acabaron por encontrar un albergue para pasar el resto de la noche.





Estaban tan fatigados, que se tendieron vestidos sobre los jergones.

Al despertar al amanecer, creyeron que les tiraban de los faldones por el enorme peso de lo que guardaban en los bolsillos.

¡Imagínese cuál no sería su sorpresa al ver que los carbones regalados la víspera por el enano barbudo se habían trocado en oro macizo!

Al mismo tiempo observaron que sus cabellos y barbas habían vuelto a crecer.

Pobres la noche antes, se encontraban ricos de repente.

El joyero, que era avaro, había tomado más carbón que su compañero el sastre; tenía sobre cien libras, es decir, doble que su compañero, que apenas tenía cincuenta.

Pero, no satisfecha su avaricia, deploraba no haber llenado su sombrero.

Atormentado, pues, con la idea de que podría tener más, propuso a su buen amigo tornar aquella misma noche para recoger todo el carbón que quedara.

El sastre, que era de un natural modesto, después de mirarle con fijeza, le respondió:

—No, amigo mío, yo tengo bastante; me vuelvo a mi lugar: seré maestro en mi oficio, y sin gran trabajo puedo ser feliz y hacer a otros felices. En cuanto a ti, haz lo que quieras; si vas a la colina, aquí te esperaré hasta mañana.

Aquella noche tomó el joyero la senda que iba a parar a la colina, llevando consigo dos grandes sacos.

Al llegar al sitio en que se había enriquecido la noche anterior, encontró a los enanos bailando y cantando como la víspera.

Sucedió lo mismo que la primera noche. El viejo le afeitó, le rapó la cabeza y le mostró el carbón amontonado.

El joyero se apresuró a rellenar de nuevo sus bolsillos, atestó los sacos poco menos que hasta reventarlos, y en seguida se volvió a buscar a su compañero y se acostó; pero le costó mucho trabajo conciliar el sueño, pues le desvelaba la idea del tesoro que iba a poseer.

Cuando se despertó le faltó tiempo para correr a sus sacos, a fin de ver y palpar las barras de oro que pensaba hallar en ellos. Pero ¡oh desdicha! El hallazgo fué diferente de lo que pensaba.

Su desesperación no tuvo límites al ver que en los sacos no

había más que carbón; en sus bolsillos, lo mismo: carbón negro.

Para reponerse de tan cruel decepción, trató de consolarse, diciendo:

Todo era un sueño, un sueño desvanecido; pero, al menos, me queda la realidad de la primera noche.

Se fué derecho al armario en que había guardado el oro de la víspera; nuevo desencanto: el oro se había vuelto carbón.

Desesperado entonces y dominado por un dolor agudo se llevó las manos a la cabeza para arrancarse el cabello; pero ¡se había quedado calvo!

Lloró de rabia; pero no había llegado al colmo de sus penas; para formar juego con la corcova que tenía en la espalda,

le había salido otra en el pecho. Entonces conoció que todas sus desgracias eran justo castigo de su avaricia.

Entretanto despertó el sastre, se enteró de todo y le consoló diciendo:

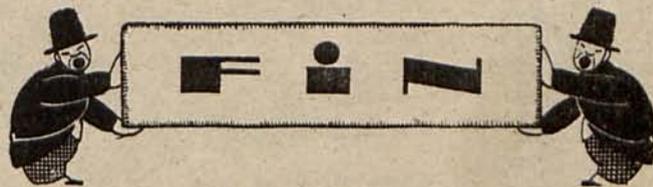
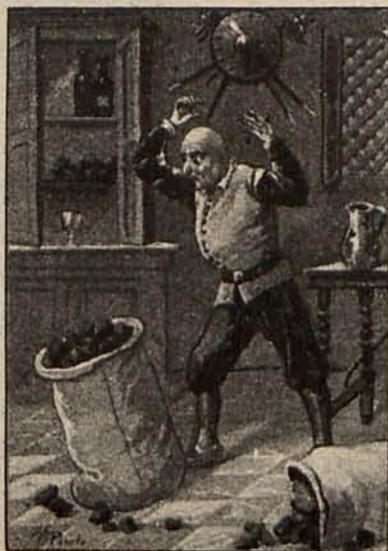
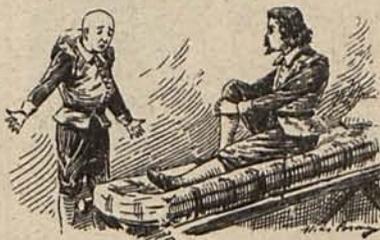
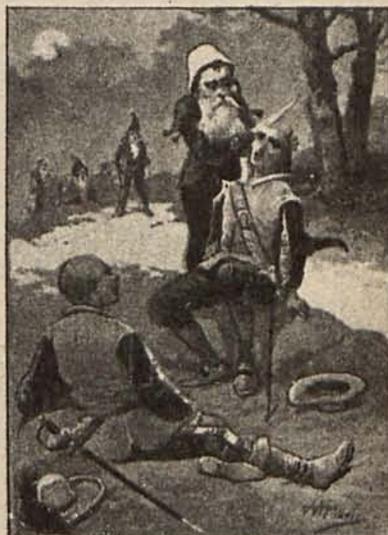
—No estás perdido, compañero; pues si tú eres pobre, yo soy tu amigo y te voy a regalar la mitad del oro que poseo; con lo que me quede seré todavía más rico de lo que podía soñar.

El sastre, que era bueno, cumplió su palabra y le entregó un buen montón de barras de oro, lo suficiente para hacer rico, no a un pobrete como él, sino a cualquier otra persona de mejor fortuna.

Emprendieron el camino de regreso y llegaron, al fin, a su pueblo muertos de cansancio, pues como no habían encontrado carro ni diligencia alguno, hicieron el viaje a pie.

Esto demostrará que el oro no todo lo consigue, pues este par de venturosos bien de él tenían, y, sin embargo, fueron a patita.

Cuando llegaron al pueblo que les vió nacer, el joyero se pudo establecer y llegó a ser persona acomodada; pero como castigo a su excesiva ambición llevó toda su vida un buen par de jorobas, sin contar un grandísimo gorro para cubrir su enorme calva.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué vamos a hablar hoy, curioso Chonón?

—Del oso, mi sabio buho.

—Muy interesante es este animal y muy interesante será, por tanto, nuestra charla. El oso es animal muy conocido en toda Europa, Asia, América y parte Noroeste de África. Su existencia es tan antigua, que en los tiempos primitivos ya se le conocía, según lo prueban las pinturas de aquellas épocas. Es animal de figura tosca, cabeza ovalada y alargada, hocico puntiagudo, cuello grueso y corto, ojos pequeños, pies con cinco dedos, armados de uñas grandes, fuertes, encorvadas y no retráctiles.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que no pueden esconderse como las de los gatos, por ejemplo. Las uñas, los dientes y la poderosa fuerza de que disponen los osos son formidables armas que hay que temer.

—Como que un zarpazo de un oso debe de ser una cosa muy seria.

—Tremendamente sería, Chonón. Muchos han pagado con su vida la acometida de los osos. Estos animales viven, por regla general, solitarios y habitan en madrigueras que construyen en la tierra o en la arena; a veces utilizan para vivienda los troncos huecos de los árboles o las cavidades naturales que forman los peñascos de los barrancos y desfiladeros. Por regla general, se pasan el día durmiendo dentro de sus madrigueras.

—¿Cuándo comen entonces?

—Salen en busca de sus alimentos al atardecer, y permanecen en el campo hasta que empieza a clarear el día. Comen de todo. ¿Sabes tú cómo se llaman los animales que comen de todo?

—No recuerdo.

—Se les designa con el nombre de *omnívoros*. Los osos son, pues, omnívoros. Esto, como comprenderás, es una gran ventaja para ellos, pues siempre disponen de uno u otro alimento. Cuando no tienen carne que comer se nutren de vegetales. Su paladar no es exigente. Comen gusanos, insectos, hormigas, abejas, crustáceos, moluscos, peces, pájaros, huevos; en fin, de todo.

Si ya has dicho que son omnívoros, y con esto basta. Te podías haber evitado ese catálogo de comestibles que me has citado.

—Así te darás más perfecta cuenta de ello. Los osos, cuando tienen hambre, son verdaderamente atrevidos y temibles. Penetran en los poblados y causan grandes destrozos en los corrales y establos. Si se ve acometido por el hombre, ataca con verdadera fiereza. La agilidad del oso no es mucha, y para suplirla se vale de su fuerza, de sus uñas y de sus dientes. Cuando más grande es un oso, tanto más torpes son sus movimientos y tanto más lenta es su marcha al andar.

—Y al bailar. Porque yo he visto bailar a muchos osos.

—No los habrás visto en plena libertad. Tú los has visto atados con una cadenita y danzando al son del pandero de un húngaro. Así puede verlos cualquiera. Un oso amaestrado es un animal infeliz y sin pizca de malicia. Le teme a su amo y se deja dominar por su voluntad.

—¿Si vieras algunos qué bien bailan? Con los brazos apoya-

dos en un palo, que cruzan sobre sus hombros, y sostenidos sólo por las dos patas traseras, ejecutan danzas graciosísimas por sus movimientos. Deben de ser muy inteligentes, ¿verdad, querido buho?

—La mayoría de ellos revelan tener inteligencia; se les enseña con bastante facilidad, pero no se consigue llegar al grado de perfección del perro. Además, existe también la diferencia de que el oso no cobra nunca afecto a su amo, y el perro sí. Cuando el oso llega a la vejez se hace más rebelde, se desarrollan más los instintos bestiales y, por tanto, se hacen más temibles.

—Y deben de tener mal genio, porque en cuanto los azusan para que bailen dan unos gruñidos que revelan la mucha molestia que debe causarles tener que bailar aunque no tengan ganas.

—A todos nos pasaría igual, querido Chononcito. Eso de bailar sin ganas es cosa muy desagradable, y por eso el animal expresa su disgusto por medio de gruñidos. Otras veces manifiestan sus sentimientos por medio de murmullos o ronquidos sordos; en otras con silbidos y en algunas con ladridos. Los que habitan por el Norte son muy prudentes y astutos. Sólo se les ve durante el verano, pues en cuanto llega la estación invernal practican en tierra una gran excavación y en ella se recogen, acostándose sobre un blando lecho de ramas de árbol y yerbas secas. Durante todo este tiempo el organismo se alimenta de sus propias reservas y no necesita ingerir alimento alguno.

—¿Es comestible la carne de los osos?

—En muchos países se come por su buen sabor y por el gran valor alimenticio que tiene. Además de la carne se aprovechan sus pechos, sus huesos, sus tendones, sus intestinos y, sobre todo, su piel, que es muy apreciada en el mercado.

—¿Quieres decirme ahora cómo se cazan los osos?

—La caza de estos animales es siempre peligrosa. Hace falta ser un buen tirador y disponer de una buena jauría de perros. Estos son los mejores auxiliares, pues en caso de peligro entretienen al oso impidiendo que se lance sobre el cazador. Lo más temible de la caza es encontrar una osa que esté criando a sus hijuelos, pues por defender la vida de éstos es capaz de los mayores heroísmos. Para ser cazador de osos es preciso tener sangre fría y pulso seguro, pues es preciso herir certeramente, ya que si se siente herido o se ve acorralado acomete con fiereza inusitada, levantándose sobre las patas posteriores y arrojándose con inseguro y vacilante paso sobre su víctima, al que trata de ahogar entre sus patas o de despedazar a zarpazos y mordiscos.

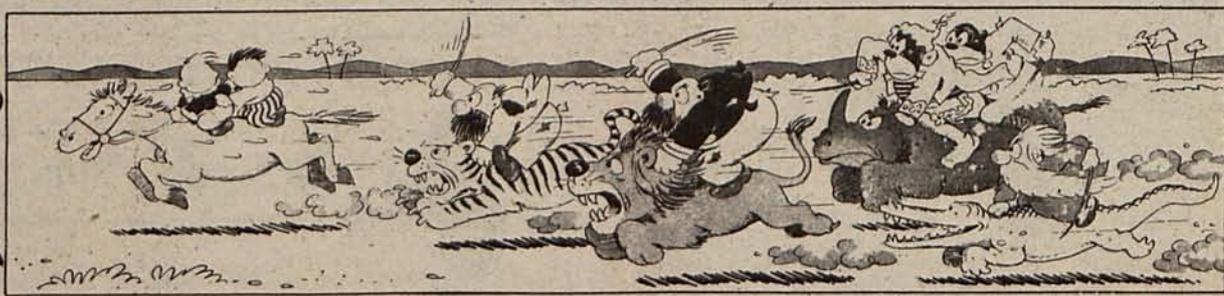
¿Es también tan temible el oso polar?

—La vida y costumbres del oso polar son tan interesantes que merecen que le dediquemos otro día nuestra charla por completo. Hay mucho y muy ameno que hablar de osos del Polo.

—Cuéntame algo, amigo buho.

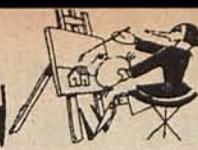
—Hoy ya no puede ser, Chonón. Es tarde y hay que dejarlo para otro día.

—Esperaremos a otro día.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

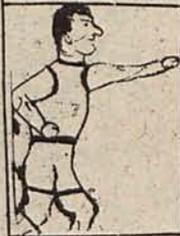
DEL MES DE OCTUBRE



Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Morronguis en el alambre.
MARÍA BARFOSO.



Un boxeador.
MANUEL GONZÁLEZ.



Chapete.
MANOLITO SANCHIS.



Currinche cazando mariposas.
DANIEL PEREGRÍN.



Una casa.
PILAR SANTOYO.



Tío Bim.
ROSARIO LOSADA.



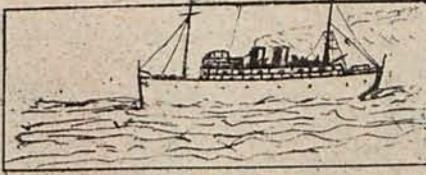
Una parada de Guillermito.
J. F. BALLESTEROS.



Polito.
MARÍA AMELIA NEYRA.



Currinche.
PEDRITO ALCOCER.



Un trasatlántico.
ADOLFO CARMONA.



Un clown.
JOSÉ MARÍA MARTÍN.



El lobo.
L. A. NIETO.



Currinchin.
MARGARITA MADRAZO.



Lucha romana.
J. IZQUIERDO.



Una señorita.
EMILIA SAÍZ.



Mi amiga.
MAGDALENA RECASÉNS.



El rey del corral.
LUIS GUERRERO.



Asdrúbal.
EDUARDO TALEGÓN.



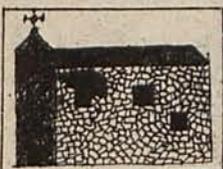
Pirula.
TRINIDAD DE PABLOS.



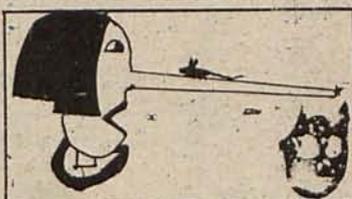
Un amigo de mi padre.
PEDRO ORDUÑA.



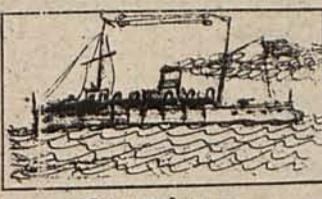
El sabio buho.
GUILLERMO BARRERA.



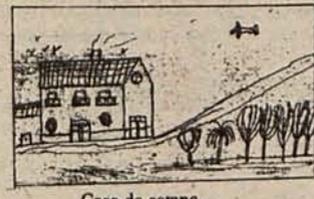
La iglesia de mi aldea.
P. O.



¡Morronguis, sálvame del apuro!
N. N.



Cañonero Laya.
MANUEL MARENCO.



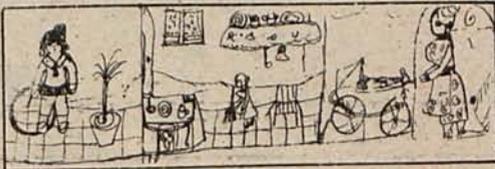
Casa de campo.
DANIEL PEREGRÍN.



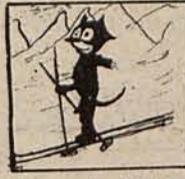
Doncella de Facundo.
J. JARAQUEMADA.



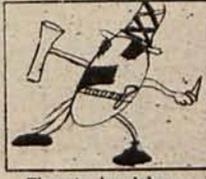
Mi gato favorito.
ENRIQUE CONTRERAS.



Mi muñeca, mi cocinera y mi nieta.
MARY ALVAREZ.



Morronguis, alpinista.
JUSTO BENEDICTO.



Chapete, bandolero.
N. N.



Tin y Ton en la selva.
JESUSA MORALES.



Dirigible Paris-Brasil.
FERNANDO PASTRANA.



Pinocho a la Luna
PAQUITO CIENFUEGOS.



El Los Angeles.

TEÓFILO JOSÉ SIMEÓN.



El cortijo de Pinocho.
P. A.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS INDIOS



Todos habréis leído los cuentos de Salgari: unos en este semanario y otros en las magníficas colecciones de cuentos que edita la *Editorial Saturnino Calleja*; pero ninguno sabéis que los indios, ciertos indios, para atraer al incauto *rostro pálido* que se atreve a ir a las praderas del *Fart West* cogen un pollino o un caballo y le atan unas grandes astas de ciervo y, así disfrazado, lo sueltan.

Llega el cazador y dice: «¡Ya está aquí! ¡Menuda pieza!» ¡Pum! Un tiro, y el burro o caballo se hace el muerto... si no lo han matado de verdad. Entonces el cazador se acerca y ¡zas!, ¡pum!, ¡ras!, salen veinte pieles rojas y trincan al rostro pálido. Y así resulta el cazador cazado.

Esto que os he contado no sé si es verdad o lo he soñado; por si acaso, no lo creáis mucho. En este dibujo hay dos indios escondidos. ¿Dónde?

DIBUJO CON ERRORES



En este dibujo, que, como veis, representa a dos niños sobre un carrito, hay cinco errores. ¿Sabréis decirme cuáles son?



Veintiocho figuritas hay en este dibujo, que separadas mediante cuatro líneas rectas en grupos de cuatro, formarán siete grupos.

FIGURAS GEOMÉTRICAS



Pinochistas:

¿Teneis todos los últimos tomos de mis incomparables aventuras y las de "Chapete que, ahora que no nos oye hay que decirlo: es malo, pero listo como siete? Aquí os doy la lista de los últimos publicados por si os falta alguno. Vuestro incondicional

Pinocho

- Chapete va por lana...
- Pinocho en el planeta Marte.
- Chapete el escarabajo.
- Pinocho en la isla de Mentirijillas.
- Los tres desmayos de Chapete.
- Chapete, bandolero.
- Pinocho y el Príncipe bueno.
- Chapete y el Príncipe malo.
- Pinocho se hace Pelicano.
- Pinocho en el centro de la Tierra.
- Chapete en la isla de los animales.
- Pinocho y los tres pelos del mago Filomen.

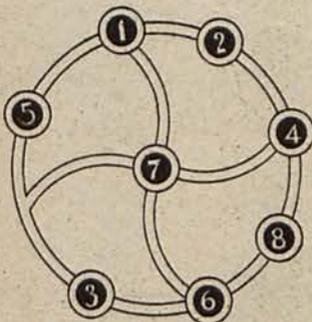
Cada tomo 1,50 ptas. en todas las librerías y en la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Calle de Valencia, 28.—Madrid.

SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE MAYO

NÚMEROS 168, 169, 170, Y 171

(Continuación)

ROMPECABEZAS

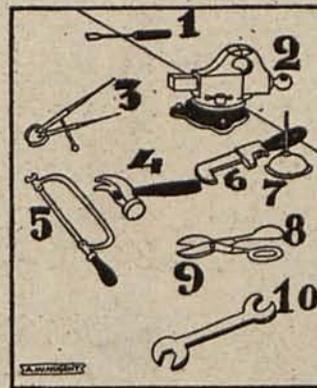


Este bonito pasatiempo tiene la siguiente solución: La primera ficha que se mueve es la 7 y se pone en el lugar vacío. Luego la 6 y después la 3, 7, 6, 1, 2, 4, 1, 3, 8, 1, 3, 2, 4, 3, 2. Como veis, son 17 movimientos los que hay que hacer.



Primer error, la señorita tiene los tacones desiguales. Segundo, el niño de la gorra tiene los botones de una manga hacia adentro. Tercero, una niña con medias desiguales. Cuarto, niño con zapatos, en uno trabilla y en el otro no. Quinto, esta niña tiene una manga corta y otra larga. He aquí los cinco errores.

DIBUJOS CON ERRORES



1.º Se caería puesto así. 2.º Falta mango al husillo. 3.º Uha barra del compás es mayor que la otra. 4.º La cabeza del martillo está del revés. 5.º Al serrucho le faltan los dientes. 6.º A la llave le falta la cremallera. 7.º El pitorro de la aceitera está descentrado. 8.º y 9.º A la tijera le falta un ojo y no se puede cerrar. 10. Un ojo de la llave inglesa es redondo, por lo tanto no podrían apretarse y aflojar las tuercas.



1.º Un zapato con cuatro ojetes y otro con tres. 2.º Falta vuelta del pantalón. 3.º El hilo de la luz, al aire. 4.º Una manga con lunares y otra sin ellos. 5.º Un botón blanco. 6.º El chaleco abrochado al lado contrario.

SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE CUENTOS DE PIRULA... COCINERA Y REPOSTERA
PIRULA...

BORDADORA



Conchas y mariposas.—¡Ya estamos en octubre! ¡Adiós vacaciones!

Hemos vuelto a ver a nuestros antiguos camaradas de colegio y empezamos a contar nuestras aventuras veraniegas. ¿Verdad que se vuelve a coger el trabajo con gusto después de una larga temporada de descanso y diversiones?

Y decidme, Pirulindas queridas, las que habéis veraneado a la orilla del mar, ¿qué es lo que más os ha gustado hacer en la playa? ¿Edificar construcciones con la arena mojada? ¿Bañaros?

¿Cómo?, ¿qué es lo que me contestas, Luisín? «¿Coger mariposas?» Bueno, eso no será en la playa, será en el campo, ¿no?

Pero Luisín insiste: «Si, si, en la playa; mariposas de mar...»

¡Ah! Ya comprendo. Es que Luisín les llama mariposas a esas preciosas conchas dobles y que, en efecto, parecen mariposas... o pétalos de rosa que estuviesen unidos.

Este género de conchas, tan finas, tan bonitas, de una delicada tonalidad azafrañada o sonrosada, se llama en realidad «Tellina pulchella».

Pero le va mejor, ciertamente, el nombre que le ha dado Luisín: mariposas de mar.

Porque las dos conchas parecen, en efecto, las dos alas de una mariposa; cierto que le falta el cuerpo; pero se lo vamos a poner en seguida.

Estas lindas conchas, de las cuales Luisín —y quizás otras Pirulindas también— se ha traído de la playa una caja llena, nos van a servir para fabricar un adorno originalísimo.

No es que sea completamente una novedad eso de utilizar las conchas en el bordado; pero hasta ahora sólo se utilizaban las redondas nacaradas y se hacían con ellas ramilletes que, de algunos años a esta parte, están muy de moda, y con razón, porque su efecto es lindísimo.

Ahora, en lugar de conchitas redondas y nacaradas, vamos a utilizar las «mariposas de mar», rosas o amarillas; se las puede teñir, como se tiñen las otras, las de nácar; pero yo creo que es de mejor gusto su color natural.

Lo primero es taladrar las orillas; estos agujeros son imprescindibles, naturalmente, para coser la concha a la tela. Antes de pegarla, se borda en la tela el cuerpo simulado de la mariposa, que quedará situado exactamente entre las dos valvas. Para bordarlo, basta con unas puntadas hechas con algodón perlé, lana o seda «moulinée», en negro.

Luego se pega la concha como si se tratase de una lentejuela, cuidando de utilizar una hebra de seda de un color idéntico al suyo, para que las puntadas se noten lo menos posible.

El adorno así fabricado resulta de un efecto muy gracioso y muy original y sirve para infinidad de objetos: vestidos, bolsillos, pantallas y hasta sombreros, como podéis ver por los grabados que ilustran esta página.



Historia de Quico y Pico.—Quico y Pico iban charlando por un camino. Quico era listo, Pico era tonto.

Y mientras iban charlando, se encontraron una aceituna. Quico propuso:

—Me comeré una parte y te dejaré la otra.

Pico aceptó. Quico se comió la carne de la aceituna y le dejó a Pico el hueso.

Pico se enfadó mucho, y Quico le dijo:

—No te apures; ¿te enfadas porque me he comido la parte de fuera y te he dejado la de dentro? Pues bien; yo te prometo que, si nos volvemos a encontrar otra cosa comestible, haré lo contrario; te daré lo de fuera y me quedaré con lo de dentro.

Pico aceptó, satisfecho, y a los pocos pasos se encontraron con una nuez; y Quico, respetando el trato hecho, entregó a Pico la parte de fuera y se quedó con la de dentro.

Así, Quico tuvo la nuez y Pico... la cáscara.

Y ni siquiera le quedó al pobre Pico el consuelo de enfadarse.

Esta historia no sé yo cuándo ocurrió; pero muy bien pudo ser en un mes como éste, pues ahora, en octubre, abundan las nueces; y tanto abundan, que, aprovechando la ocasión, os voy a dar varias recetas a base de ellas.

Ahí van:



Croquetas de nueces.—Se parten y se mordan nueces muy sanas; se pican, pero no demasiado menudo.

Por otra parte, se cuece un poco de arroz, cuidando de que los granos no se ablanden mucho.

Se pone en remojo en leche, miga de pan sentado, y se mezclan luego las tres cosas, el pan, el arroz y las nueces por parte aproximadamente iguales; se añade un huevo y se trabaja esta masa, en la cual se echa un poco de sal y de nuez moscada rayada.

Las croquetas se hacen del tamaño corriente, se frien en aceite muy caliente, tras de envolverlas en harina, y se sirven en una fuente adornada con perejil frito.



Padín de nueces.—Por una parte, se mordan y se machacan 250 gramos de nueces frescas.

Por otra parte, se batan tres yemas de huevo con 125 gramos de azúcar molida.

Se le van añadiendo poco a poco las nueces y se amasa todo ello.

Se añaden luego las tres claras batidas a punto de nieve y 150 gramos de miga de pan sentado machacado.

Se vuelve a trabajar esta masa.

Se unta el molde con mantequilla, se llena con la masa y se deja hervir al bañomaria durante media hora.

